HARO

"La hermandad es el vínculo perfecto de almas que se respetan y se ayudan mutuamente en el camino de la vida." - Auguste Rodin

1

_ ¿Bueno, empezamos pibe? _ le dijo Ezequiel al joven.
_ Sí señor Haro, cuando guste _ contestó él.
_ Bueno, fue más o menos así...

1ro de Mayo, 1982.

Nos encontrábamos reunidos en el comedor de la amplia casa en una tarde lluviosa de la ciudad de Buenos Aires . La música de una vieja radio acompañaba el encuentro mientras Esther, mi madre, servía dos enormes bandejas de empanadas de carne. En ese entonces tenía el cabello negro, enormes ojos verdes y bigote. Recuerdo que tuve una conversación con Valentín, mi primo menor.
_ Y ahora que terminaste, ¿qué te gustaría hacer?_ le pregunté.
_ Tenía ganas de estudiar psicología _ contestó el joven.
_ Psicología está muy bueno. ¿Por algo en especial? _ volví a preguntar curioso.
_ Después del servicio militar, como que descubrí un montón de miedos que nunca pensé que tenía. Me gustaría poder estudiar cómo funciona el cerebro en ese sentido. Descubrir qué es lo que activa esas fobias y encontrar alguna solución. _ explicó.

_ ¡Eze! ¿O no que el Skyhawk puede flotar en caso de que se caiga al agua? _ interrumpió Maximiliano, mi hermano menor, con sus ojos marrones verdosos enormemente abiertos como signo de que le siga la corriente ante la presencia de Melisa, su novia.

_ Ss…si. Un ratito flota _ mentí, pues no había manera de que los aviones A-4 Skyhawks que piloteabamos ambos en la Fuerza Aérea Argentina, flotaran en caso de caer al agua.

_ ¿Ves? Un ratito flotan _ le dijo mi hermano que en ese momento tenía un abundante cabello castaño, acomodándose el bigote similar al que lucía yo, mirando a su novia, que lo ignoraba sumergida en una profunda impotencia.

_ ¿Vos te pensas que soy boluda, Maximiliano? _ le contestó ella, mientras me dirigía la mirada. _ Eze, ¿es verdad que tu hermano metió un ala en el agua? _ me preguntó la joven, mientras Maximiliano me miraba y movía la cabeza diciendo “no”.

Los miré a ambos y rendido no vi otra opción que declarar la verdad, pues sabía que no era una linda experiencia ver a Melisa enojada.

_ Y…lo estaba siguiendo un piloto rival en una práctica y para sacárselo de encima, descendió hasta casi el nivel del agua y viró bruscamente, rozando el ala izquierda en el agua.

_ Osea que sí…_ buscó confirmar Melisa, mientras Maximiliano me miraba con ambos ojos tremendamente abiertos.

_ Bueno…si. Sumergió el ala en el agua. El piloto rival no se quiso arriesgar a volar a esa distancia, mucho menos sumergir un ala, así que abortó el ataque. _ terminé de contestar.

_ ¡¿Amor vos estás loco?! ¡¿Qué te queres, morir?! _ dijo la joven, mirando a su novio con furia.

_ ¡Tenía que escapar Meli! _ intentó excusarse él.

_ ¡Era una práctica Maximiliano! ¡No era de verdad!_ contestó Melisa, que me volvía a dirigir la mirada _ Eze, ¿es verdad esa historia o me está mintiendo este boludo? ¿Lo hace para que me asuste no?

_ Es mentira, ¿o no Eze? _ dijo Maximiliano intentando desesperadamente salir de la incómoda situación que él mismo había generado.

_ No le quieras mentir Maxi, las cosas son así y los dos como pareja lo tienen que tener claro. No Mel, no es mentira _ contesté, levantando mis hombros y con ambos brazos abiertos.

_ ¿Cómo sabes que no exagera? _ preguntó nuevamente la joven.

_ Porque lo ví _ culminé la conversación y devolví la mirada a mi primo Valentín para seguir con su interesante charla sobre psicología.

Melisa le lanzó una mirada fulminante a mi hermano menor.

_ Él, era el piloto rival _ alcancé a escuchar el comentario de mi hermano.

El teléfono del hogar comenzó a sonar y Maxi aprovechó la oportunidad para poder escapar de la incontrolable situación que se le había escapado de las manos.

_ ¡Ah no, no! Estamos comiendo, nada de teléfono. _ gritó mi madre a su hijo menor.

Maxi interrumpió su paso y cerrando los ojos, giró en su eje, dando media vuelta y volviendo a su lugar.

_ ¿Y no te gustaría ser piloto? _ le pregunté a mi primo Valentín.

_ No, para nada. Me dan pánico las alturas _ contestó.

El teléfono comenzó a sonar por segunda vez y Maximiliano tomó la misma actitud, esta vez a paso doblemente acelerado antes de que llegue el comentario de nuestra madre.

_ Pero, ¡qué desubicados! ¿Quién se digna a llamar en la hora de la comida?_ se quejó ella.

_ Ya está, ma. Yo voy _ dijo Maximiliano, desapareciendo del comedor y dirigiéndose a la sala de estar.

Yo me encontraba sumamente concentrado en la conversación que mantenía con Valentín. El joven me explicaba que había leído, en un manual de psicología, que el psicólogo suele hacer preguntas que despiertan la creatividad de las personas, para poder deducir un diagnóstico de su personalidad.

_ Entonces, yo te pregunto. ¿Si pudieras ser un animal, cuál te gustaría ser y por qué? _ me explicó.

_ Y, a ver...no sé. Me gustaría ser capaz s... ¡uh!.

El timbre de la casa sonó sorpresivamente alertando a todos los presentes en el comedor. Varios nos miramos con curiosidad, pues todos los familiares estaban

presentes y no esperábamos más invitados. Mi madre se levantó de su silla y abrió los brazos.

_ ¡Yo no lo puedo creer! Primero el teléfono, ¿y ahora nos tocan el timbre? ¿Está bien ese reloj no?_ se quejó nuevamente, mientras señalaba un pequeño reloj aguja que permanecía en la pared del comedor.

Maximiliano volvió a ingresar al espacio del encuentro caminando lentamente con preocupación en su rostro, mientras se cruzaba a nuestra madre, que había tomado la decisión de ir a abrir la puerta.

_ ¿No escuchaste el timbre, hijo? _ le dijo sin esperar la respuesta y caminando rápidamente hacia la puerta, en un terrible enojo.

_ N...no ma. _ contestó Maximiliano acercándose a mi.

Con Valentín seguíamos conversando mientras mi hermano se acercaba a nosotros. Antes de llegar, noté que miró con preocupación a su novia, cuyos ojos encontraron los suyos en un gesto de conexión instantánea. Ella frunció el ceño, sin comprender la razón detrás de la actitud de su novio. En silencio, la inquietud de mi hermano se reflejó en su mirada, como si llevara consigo una carga difícil de expresar con palabras.

_ Eze, vení. Tenemos que hablar. _ dijo.

_ Maxi, ¿si pudieras ser un animal, cuál serías y por qué?_ le preguntó Valentin.

_ ¿Todo bien? _ dije yo al mirar el rostro de mi hermano menor.

_ Si, n...más o menos. _ contestó, mientras me levantaba de la silla.

_ ¿Y? _ le dije, una vez de pie.

_ ¿Qué? _ preguntó, un poco perdido.

_ ¿Qué animal serías? _ le recordé señalando a Valentín, que estaba esperando la respuesta de su primo.

_ Ah, un águila Valen. Vení Eze. _ se limitó a contestar dándole dos palmaditas a su primo menor.

Nuestros pasos resonaban en el pasillo mientras nos dirigimos hacia la sala de estar. Al cruzar a mamá, notamos cómo sostenía en sus manos un sobre blanco, cuyo contenido parecía envuelto en una densa incertidumbre que se reflejaba en su rostro. Nuestra familia era intensa por naturaleza, todos hablábamos en voz elevada y reíamos mucho. Pero aquel día, el ambiente estaba cargado de una tensión expectante.

Finalmente, alcanzamos la sala de estar y tomamos asiento en un amplio sillón.

_ ¿Qué te pasa? _ pregunté perdiendo la paciencia ante el sorpresivo rostro preocupado de Maxi.

_ El gobierno recuperó las islas. _ contestó.

_ ¿Las recuperó?

_ Las tomaron. Y los ingleses enviaron buques a territorio argentino. Esperan que lleguen en dos semanas, quizás menos.

_ ¿Estamos en guerra? _ pregunté ridículamente por inercia, sabiendo de antemano la respuesta.

_ Tenemos que ir a la base de Río Gallegos mañana a primera hora. Nos envían un auto acá a mi casa. _ dijo Maximiliano llevándose la mano a la boca y perdiendo su mirada. _ Estamos en guerra Eze, nos van a asignar misiones. Misiones reales.

_ Bueno, entrenamos justamente para esto. ¿No? _ me limité a decir, intentando calmar la tensión que se había generado.

_ Si, si claro. Por sup...

_ ¡Dios mío! _ resonó desde el comedor la voz de nuestra madre.

Avanzamos cautelosos hacia el comedor, donde se encontraba reunida la familia. A nuestro paso, el ambiente parecía cargado de una tensión enorme, como si las palabras no dichas vibraran en el aire. La conversación que había comenzado en la sala de estar ahora se veía amplificada y multiplicada, tejiendo una intrincada red de emociones encontradas.

Los corazones latían acelerados, conscientes de que aquel encuentro familiar estaba marcado por la preocupación de los peligros de la guerra que se cernían sobre nosotros.

En ese instante, con Maxi nos miramos el uno al otro con complicidad, compartiendo un entendimiento silencioso. Sabíamos que debíamos mantener la calma y la unidad en medio de las diferencias, para mantener el amor y la unión de su familia intactos.

_ ¿Qué pasó? _ pregunté mientras Valentín, junto a mis tíos, se marchaban del hogar.

Melisa, con el corazón palpitando con fuerza, se alzó de su asiento y se precipitó hacia los brazos abiertos de Maximiliano. Allí, se fundieron en un abrazo que parecía querer en vano, detener el tiempo. Mi madre, con la mirada

sumida en la distancia, permanecía en silencio sentada en la mesa, presenciando el encuentro de sus hijos con una mezcla de orgullo y preocupación.

En ese momento, me acerqué a ella con pasos firmes y suavemente tomé su mano, transmitiendo calma y compañía.

_ Tranquila ma, no nos va a pasar nada _ dije.

Mi madre no contestó, pues seguía vagando en la incertidumbre de su mirada.

_ Prometeme que no te va a pasar nada. _ dijo Melisa, mirando a su novio a los ojos y apretandolo con fuerza.

Maximiliano se limitó a asentir con la cabeza y abrazarla.

_ El nene tiene que ir..._ dijo mi madre llevándose la mano al rostro.

_ ¿Quién ma? _ pregunté confundido.

_ Valentín, le llegó una carta por correo. Fue reclutado por el servicio militar del gobierno. _ contestó Melisa, mientras dejaba caer una lágrima.

Con miradas entrelazadas, con mi hermano nos contemplamos mutuamente. La noticia, como un relámpago en la oscuridad, caló hondo en el abismo de nuestros corazones. La nación se enfrentaba a una guerra contra Inglaterra, ansiosa por recuperar las Islas Malvinas. Un conflicto que nos llamaba a ambos, a desafiar la incertidumbre de los próximos días, para convertirnos en los protagonistas de los cielos en la guerra que se aproximaría.

2

17 de Mayo, 1982

Nos encontramos dentro de un vehículo que avanzaba lentamente hacia la entrada de la Base de Río Gallegos, ubicada en la provincia de Santa Cruz. Un aire de tensión flotaba en el ambiente, sumiéndonos en un inquietante silencio mientras observábamos con aguda atención la pequeña cabina de control que permitía el acceso a la imponente pista de aterrizaje.

_ Parece estar vacía _ dijo el Comodoro Mayor Oscar Figueira, quien ocupaba el asiento del acompañante.

_ ¿Vacía? Qué raro _ dije.

_ ¿Deberíamos ingresar de todas maneras Comodoro?_ preguntó Maximiliano.

_ Y…teóricamente debería haber alguien esperándonos, así que no veo otra alternativa. Ingrese chofer. _ ordenó el Comodoro Figueira.

Maximiliano descendió del vehículo y, con decisión, alzó la valla de entrada de la base, permitiendo que pudiéramos ingresar. Luego, todos avanzamos juntos sumidos en un ambiente inquietantemente abandonado y misterioso.

_ Esto es muy extraño, juro que nunca ví algo igual _ expresó incómodo el el señor Figueira.

_ Comodoro, veo estelas de humo sobre la pista de aterrizaje _ advertí, mientras observaba como la bruma negra levitaba sobre el pavimento de la amplia pista.

_ Allá hay un vehículo _ señaló hacia el frente el chofer, donde a lo lejos se acercó a toda velocidad una camioneta idéntica a la que permanecíamos.

Ambos vehículos se encontraron en el punto medio y un hombre de avanzada edad, con lentes redondos, bajó su ventanilla mirándonos fijamente.

_ ¡Comodoro, avancen con nosotros, estamos en alerta roja! _ gritó aquel hombre desde el vehículo en movimiento, que retomó su rumbo a gran velocidad.

_ Sígalos chofer, rápido _ reaccionó impaciente el Comodoro Figueira.

Los dos vehículos avanzaron a toda velocidad por la amplia pista de aterrizaje. Mientras tanto, inquietos y preocupados, no nos esperábamos que la situación se volviera alarmante tan rápidamente. Apenas habían pasado cinco minutos desde nuestra llegada y ya nos habían advertido sobre una peligrosa alerta roja, indicando un posible ataque inminente a la base aérea argentina

Apreté con firmeza el brazo de mi hermano menor en cuanto escuché un estruendo progresivo que poco a poco comenzó a dominar el ambiente.

_ Avión… _ dije nervioso.

_ Si, ¿dónde está? _ contestó mi hermano.

_ Al frente, acelere chofer _ aportó el Comodoro Figueira al conductor del vehículo, quien sumamente concentrado en su labor, parecía no poder articular palabras para intentar explicar que ya íbamos tan rápido como podíamos.

En el cielo, avanzaba a una velocidad impresionante un avión en dirección a la pista de aterrizaje. Una vez allí, liberó un pequeño proyectil desde su parte inferior, el cual se precipitó verticalmente hacia el pavimento. Al impactar, una

enorme cantidad de escombros se elevó del suelo, acompañado de un sonido ensordecedor. Aunque la bomba había detonado a una considerable distancia de ambos vehículos, no dejó de cumplir su objetivo de atemorizarnos.

_ Dios santo, ¿era un Blackburn? _ dije quitándome las manos de los oídos y observando como el aeroplano se alejaba rápidamente.

_ Un Harrier _ me corrigió Maximiliano, con la mirada concentrada hacia el frente, donde nuestro terrorífico viaje llegaba a su fin.

Ambos vehículos se estacionaron en un amplio galpón. Todos descendimos y caminamos hasta el interior de la base. En un largo pasillo, el Comodoro saludaba a varios de los mecánicos y vicedirectores presentes, mientras nosotros nos adelantamos directamente hacia la sala de pilotos.

Al llegar, observamos a nuestros compañeros sentados, compartiendo mate y unos bizcochos salados. Instantáneamente, nuestros corazones latieron con suavidad y respiramos cálidamente. Después de largas horas de tensión, era la primera vez que ambos podíamos llenar nuestros pulmones de alivio y, a pesar de las terribles circunstancias, dibujar una pequeña sonrisa en nuestros rostros hacia el gran grupo de compañeros.

3

_ ¡Buenas buenas! _ dije.

Todos los presentes voltearon y, automáticamente, se levantaron de sus asientos, acercándose a mi hermano y a mí. Aunque era costumbre escuchar una gran cantidad de saludos entrelazados con gritos y brazos abiertos, esta vez el ambiente permaneció en silencio. Únicamente se vivió el acercamiento pasional de cada uno, buscando un fuerte abrazo que intentara contener los nervios con los que deberíamos lidiar en los próximos días.

Los pilotos éramos sumamente unidos; muchos de nosotros habíamos estudiado juntos desde muy jóvenes, y todos compartimos la pasión por la

velocidad y las alturas. Nos dividían en escuadrillas, y con Maxi teníamos una estrecha afinidad con los pilotos de la escuadrilla número 5, que ambos compartimos. Entre ellos se encontraban el Capitán Genaro Suárez y los hermanos Juan Marcos Balbuena y Franco Balbuena. Estos últimos representaban la competencia y rivalidad absoluta para nosotros en las prácticas de la escuela de vuelo de la Fuerza Aérea. Sin embargo, la organización decidió que compartieramos escuadrilla para que pudiéramos conocernos mejor, y resultó ser una decisión sumamente acertada. Personalmente generé un gran vínculo con Franco, mientras que Maximiliano se llevaba muy bien con Juan Marcos.

La noche caía y conversábamos, esperando la llegada del Brigadier General Bayerque, quien nos asignaría las primeras misiones y las condiciones de vuelo para los próximos días. La tensión y la emoción se mezclaban en el ambiente, mientras todos se preparaban para enfrentar los desafíos que les deparaba el destino en la guerra que había estallado en las Islas Malvinas.

_ Y llegamos con Maxi y no pasaron ni cinco minutos que un Harrier ya tiró una bomba en la pista _ les conté a mis compañeros de escuadrilla mientras estábamos sentados en ronda tomando mates.

_ Si, ayer llegamos a la tarde con los Balbuena y como a las 4 de la mañana recibimos la alerta roja _ contestó Genaro.

_ ¡Buenas noches señores!_ dijo el Brigadier Bayerque acompañado del Comodoro Figueira, mientras nos acomodamos en los asientos y mirábamos al frente.

Llegaba el momento de recibir las órdenes. El silencio y la incomodidad volvían a reinar en el ambiente. En el pasado, este era mi momento favorito, pues se nos asignaban prácticas que debíamos llevar a cabo en las alturas. Pero en esta ocasión, aquellas prácticas se habían convertido en misiones y en mi mente, no paraba de dar vueltas el constante pensamiento e incertidumbre sobre la posibilidad de no volver a la base. Todos éramos excelentes pilotos, pero no éramos perfectos. A cada uno de nosotros se nos vino a la cabeza cada error que cometimos en las prácticas pasadas. Errores que si cometíamos esta vez, iban a ser letales.

_ Primero que nada, deseo agradecerles por su valor y disposición en este momento tan crítico que está enfrentando nuestro país _ dijo el Brigadier

Bayerque en el intenso silencio de la sala. _ Comencemos. La Fuerza Aérea Británica como muchos de ustedes saben, dispone de aeronaves Harrier y helicópteros Sea King y Wessex. En cuanto a la artillería, por el momento hemos deducido que tienen en su poder misiles AIM-9 Sidewinder y AIM-120 AMRAAM.

Nos mirábamos unos a otros con preocupación. El equipamiento británico era de una tecnología sumamente avanzada. Tanto las aeronaves como los proyectiles eran de última generación. Aunque el Brigadier Bayerque no lo mencionaba, era innegable que Argentina estaba en suma desventaja. Éramos conscientes de que debíamos encontrar el balance entre la inferioridad tecnológica y nuestra capacidad humana para hacer frente a los ingleses.

_ Nuestro primer objetivo será en la bahía San Carlos. Atacaremos el día 21 de Mayo. El Comodoro Figueira dará a conocer las escuadrillas para la siguiente misión. Muchas gracias y buena suerte. _ finalizó su relato y se retiró el Brigadier Bayerque.

El Comodoro Figueira comenzó a leer las escuadrillas que intentarían avanzar hasta la Bahía San Carlos en los próximos cinco días. Esperábamos ansiosos a escuchar nuestros nombres, sintiendo una extraña mezcla de emoción por conocer a nuestros compañeros de misión. Pero en nuestras mentes, surgía la angustiante posibilidad de ser testigos en los cielos de un posible ataque enemigo y, en el peor de los casos, la devastadora pérdida de uno de nuestros compañeros.

_ ...escuadrilla número 5, permanece sin modificaciones: el capitán al mando será Genaro Suarez. Tenientes a cargo son Balbuena Juan Marcos, Balbuena Franco, Haro Maximiliano y Haro Ezequiel. _ mencionó el Comodoro Figueira viendo cómo todos los integrantes de la escuadrilla número 5 compartimos miradas. _ ...prácticas 8 am después de la escuadrilla 3. Primer grupo: Franco Balbuena, Juan Marcos Balbuena y Capitán Suárez. Segundo Grupo: Maximiliano y Ezequiel Haro.

Mi hermano y yo, deberíamos hacer las prácticas en solitario, sin nuestro capitán a cargo. Por un lado, esto despertaba una pequeña preocupación, ya que significaba que posiblemente en la misión deberíamos volar de la misma manera. Sin embargo, por otro lado, Maxi y yo nos conocíamos a la perfección;

después de tanto tiempo, volar sin las normas de un superior podía ser un alivio en la toma de decisiones rápidas.

4

18 de Mayo, 1982.

Caminaba por un largo pasillo, ajustando mi uniforme mientras sostenía el casco de aviación bajo mi brazo izquierdo. Estaba ansioso por comenzar lo antes posible con la primera práctica asignada de la guerra para la misión del 21 de Mayo.

_ ¿Ya estás listo? _ me preguntó mi hermano, alcanzándome corriendo.

_ Todo listo, ¿vos? _contesté mientras lo miraba terminando de abrocharse el chaleco de supervivencia.

_ El visor del casco no baja _ mencionó preocupado mientras me lo entregaba para que lo viera.

Tomé el casco de Maxi y lo examiné con detenimiento, intentando arreglar el visor mientras ambos casi llegábamos al final del pasillo.

_ ¿Te llegó la carta de mamá? _ pregunté mientras le devolvía su casco ya arreglado.

_ Si, pero no la abrí. ¿Qué decía? _ preguntó llevando su casco bajo su brazo derecho.

_ No se, yo tampoco la abr...wow..._ dije al ingresar al hangar.

_ Me encanta esta parte _ dijo Maximiliano con una sonrisa en su rostro.

Ambos observábamos nuestros A4-Skyhawks, que permanecían inmóviles uno al lado del otro, listos para ser utilizados. Para nosotros, era hermoso poder contemplar su figura compacta y aerodinámica. Las líneas curvas y suaves de su fuselaje se entrelazaban con sus alas extendidas, otorgándoles una apariencia ágil y elegante. La pintura de camuflaje de dos tonos, en verde oscuro para mí y verde claro para Maximiliano, realzaba su imponente estructura, mientras

pequeñas marcas y símbolos de la Fuerza Aérea Argentina adornaban su superficie.

Desde mi cabina, los grandes ventanales parecían observar con determinación cada rincón del hangar. En lo alto de la nariz, el visor fijaba la mirada en la iluminada entrada, listo para salir disparado. Las hélices de los motores permanecían inmóviles por el momento, pero parecían aguardar con ansias el momento de cobrar vida. La pasión y el poder que encerraban en su interior estaban latentes, listos para estallar en un rugido atronador cuando llegara el momento de la partida.

Una pequeña sensación de inmadurez nos invadió a Maximiliano y a mí al emocionarnos como dos niños pequeños en medio de un ambiente hostil y de guerra al ver ambos Skyhawks, pero simplemente era algo que no podíamos controlar. Estar frente a ellos era como encontrarnos con guerreros legendarios, listos para enfrentar cualquier batalla con determinación y nobleza. Admirar su presencia imponente y su diseño ingenioso era sumergirnos en la historia y en la pasión que estos aviones evocaban en cada práctica. Había miles de aviones más lindos, letales y elegantes, pero para Maxi y para mí siempre era emocionante tenerles mucho afecto, pues estos dos, eran nuestros.

_ ¡Vamos que a los Balbuena les fue mal! _ dijo un hombre delgado, de edad avanzada y cabello blanco, mientras salía por debajo de uno de los Skyhawks y se limpiaba las manos de grasa con un trapo sucio.

Ambos sonreímos y juntos pronunciamos con un tono casi idéntico: "¡Mario!"

_ Después nos saludamos. Suban que el Comodoro Figueira ya los tendría que estar viendo en la pista. _ contestó Mario.

_ Dale viejito, ¿ni un beso me vas a dar?_ dijo Maximiliano mientras subía a su A4-Skyhawk y me guiñaba el ojo. Reí por lo bajo mientras terminaba de sentarme en la cabina.

_ Siempre chistoso vos pibe...¡apurate dale! _ contestó el anciano.

_ Voy, voy. _ dijo Maximiliano mientras realizaba la inspección visual de la cabina, verificando que no haya irregularidades en la aeronave.

_ ¿Radio funciona? _ pregunté comprobando la comunicación de ambos Skyhawks.

_ *Funciona bien* _ contestó Maximiliano en mis oídos, dejando el humor atrás y revisando en suma concentración la cabina.

_ Control de combustible _ continué indicando.

_ *En orden.*

_ Sistemas eléctricos y navegación.

_ *En orden.*

_ ¿Controles de vuelo, responden?

_ *Responden.*

_ ¿Cinturones y seguridad de cabina?

_ *Todo bien.*

_ Ya estamos _ finalicé el procedimiento.

_ *Listo, vamos.*

Los motores de los Skyhawks se encendieron y rugieron con fuerza en el hangar mientras uno por uno comenzamos a salir lentamente hacia la pista. Yo iba detrás de mi hermano menor, que se preparaba para despegar. Dentro de la cabina, observaba cómo Maximiliano se alineaba con la pista y, luego de unos pocos segundos, su A4-Skyhawk avanzaba a toda velocidad y se elevaba con facilidad, desapareciendo lentamente. Llegaba mi momento, y siguiendo sus pasos, me posicioné en la pista de despegue. Con mi mano izquierda tomé la palanca de potencia y la moví lentamente. La vibración de la cabina aumentó progresivamente y, junto con el intenso sonido que conquistaba el reducido espacio, mi Skyhawk avanzaba a tremenda velocidad. Una vez que la potencia llegó a su tope, incliné hacia mí la palanca de control, sintiendo cómo las ruedas se despegaban del pavimento de la pista. Estaba en el aire, y avanzaba a gran velocidad en dirección a mi hermano. Luego de unos pocos minutos, los hermanos Haro volábamos a la par, por un bello atardecer, en dirección a cumplir la última práctica antes de afrontar los terrores de la guerra.

5

21 de Mayo, 1982.

Cerré los ojos y me dejé envolver por el apasionante abrazo de mi hermano. Ambos respiramos profundamente y nos dimos palmadas en la espalda para intentar contener los nervios. Maximiliano culminó el abrazo, tomándonos de los brazos, nos miramos a los ojos.

_ Nos fue excelente en las prácticas, hoy nos va a ir excelente. Hagámoslo por Valen _ dijo con los ojos llorosos. Pues ambos habíamos leído la carta que nos había mandado nuestra madre, avisandonos que nuestro primo menor, había fallecido en el campo de batalla.

_ Si, hermanito. Voy atrás tuyo _ contesté.

_ No te quedes atrás, viste que sos medio lento vos…_ respondió presionando y moviendome con sus brazos.

Me limité a sonreír; la tensión y angustia superaba mi capacidad para seguir el maravilloso sentido del humor de mi hermano. Todos los pilotos de la Escuadrilla *5* nos fundimos en largos abrazos. La incertidumbre era abismal; toda nuestra vida nos habíamos preparado para este momento y cargamos el peso con valentía, pero ninguno podía negar que vivirlo en carne y hueso era una pesadilla sumamente difícil de afrontar. Caminamos por el amplio pasillo hacia el hangar con el Capitán Suárez al frente.

El silencio nunca había aturdido tanto; los pasos de nuestras botas eran protagonistas del momento. Al llegar al enorme hangar, observamos cómo los mecánicos hacían modificaciones en los motores de algunos aviones que permanecían posicionados y listos para partir. Entre ellos había tres Dassault Mirage III, un enorme Lockheed Hércules C-130 y dos FMA IA-63 Pampa. Cerca de la entrada del hangar permanecían tres FMA IA-58 Pucará que pertenecían al Capitán Suárez y a los hermanos Balbuena. Junto a ellos, nuestros magníficos Douglas A4-Skyhawks.

_ Me encanta esta parte _ dijo por lo bajo Maximiliano con una sonrisa en su rostro mientras apreciaba la prolija posición de los aviones.

Lo miré y suspiré profundamente. Los nervios me estaban matando, y mi hermano menor transmitía una paz envidiable. A pesar de ser el mayor y de haber tenido más años de experiencia en la Fuerza Aérea, sabía con seguridad que de ambos, Maximiliano era, por gran diferencia, mucho mejor piloto que

yo. La ventaja que resaltaba en mi hermano menor era la valentía, la capacidad para arriesgarse y llevar la aeronave al último de los límites. La elegancia y prolijidad del vuelo de Maximiliano eran admirables; sus maniobras evasivas rozaban la perfección, el pulso y la fuerza justa para llevar al avión a elevadas alturas como a las más bajas y sumamente peligrosas, no fallaban. Tenía claro que, de todos, mi hermano era el mejor, quizás por ese mismo motivo emanaba semejante seguridad. La Escuadrilla *5* y yo abordamos nuestros respectivos aviones de guerra. El Capitán Suárez indicaba las órdenes de preparación por radio mientras los pilotos revisamos nuestras cabinas con determinación. Maximiliano acomodaba con cuidado una pequeña fotografía de Melisa al costado de su cabina, mientras que Franco Balbuena colgaba un rosario de madera en la palanca de control. Junto a ellos, Juan Marcos apoyaba sobre el respaldo de su asiento una camiseta de Estudiantes de La Plata y yo, lleno de emoción y nerviosismo, presionaba una pequeña pelota de tenis "Roland Garros" sobre el costado izquierdo del visor del avión para que no se moviera. Los aviones de la Escuadrilla *5* se acercaron en fila hacia la pista. Al cabo de unos pocos minutos, despegamos uno por uno hacia los cielos, levantando el vuelo con determinación y pasión. El sol comenzaba a salir lentamente por el horizonte, y los cinco aviones nos aproximamos a toda velocidad hacia la Bahía San Carlos, en busca de nuestro destino en la batalla.

6

_ *Descendemos a menos de treinta metros* _ se escuchó la orden del Capitán Suárez en mis oídos y en los de los pilotos de la Escuadrilla *5*.

Los cinco aviones descendieron hasta casi el nivel del mar aproximándose a toda velocidad a la Bahía San Carlos.

_ *Al frente un buque naval, Suarez* _ indicaba Juan Marcos mientras a lo lejos se apreciaba un enorme barco británico.

_ *Haros, ábranse por derecha y ataquen por detrás, Balbuenas conmigo. Atacamos de frente* _ indicó el capitán Suarez, mientras los hermanos Balbuena se acercaban a su avión adoptando una posición similar a un triángulo.

_ *Recibido* _ confirmó Maximiliano que junto conmigo viramos a la par y

comenzamos con suma distancia a rodear al barco enemigo sin que nos detectara, para poder atacar desde atrás.

Observaba el A4-Skyhawk de mi hermano justo delante de mí. Juntos, a toda velocidad, nos apartábamos de nuestra escuadrilla mientras permanecíamos atentos, observando los cielos en caso de detectar aviones enemigos.

_ *¡Disparan capitán!* _ alertó el menor de los Balbuena, mientras el buque británico que habíamos detectado como el HMS Ardent, disparaba enormes proyectiles hacia los tres FMA IA-58 Pucará.

_ *Mantenga la posición Balbuena* _ ordenó el Capitan Suarez mientras dejaba caer dos de sus bombas hacia el HMS Ardent entre la lluvia de proyectiles que los rodeaban.

Casi finalizábamos nuestro viraje y quedábamos casi de frente al objetivo, mientras observábamos a nuestros compañeros pasar por encima del buque británico, seguido de una gran explosión que generó una enorme nube blanca.

_ *Impacto* _ informó Juan Marcos, como signo de haber acertado su objetivo.

_ *Impacto* _ indicaba el Capitán Suarez.

_ *Bomba fuera de blanco capitán* _ informó el menor de los Balbuena, que no había podido acertar.

Vi pasar a tremenda velocidad a mis tres compañeros de escuadrilla por encima de mí y de mi hermano, que ya nos dirigíamos a toda velocidad hacia el enorme HMS Ardent para rematar el trabajo que los FMA IA-58 Pucará habían comenzado. En un tremendo silencio y suma concentración, observé cómo Maximiliano, en un muy corto movimiento con su avión, esquivaba una seguidilla de proyectiles provenientes del buque británico que se aproximaban con suma brutalidad hacia nosotros. Ambos A4-Skyhawks tomamos maniobras evasivas y al cabo de unos pocos segundos, dejamos caer nuestros proyectiles sobre la cubierta, antenas y radares del navío enemigo. Sobrevolamos nuestro objetivo, que sufrió dos enormes explosiones más, recibiendo el daño suficiente para no poder seguir manteniéndose a flote. Mi hermano y yo informamos por la radio de escuadrilla y la base terrestre la palabra que nos llevaba al cumplimiento total de nuestra misión: "Impacto".

_ *Excelente Haros. Vuelvan a la base.* _ indicó el Capitán Suarez.

Retomamos nuestro rumbo a la base mientras manteníamos una reducida distancia con las aguas de las Islas Malvinas, para no ser detectados por los

radares enemigos. Hice un chequeo rápido a mi cabina para observar si todo estaba en orden. Había observado los controles de navegación y parecían funcionar bien, pero cuando quise controlar el combustible, una amplia línea brillante pasó a mi lado a gran velocidad. En un veloz movimiento, volteé y mis ojos se abrieron por completo mientras que mis pulmones se llenaron de aire y mi corazón comenzó a latir con fuerza.

_ ¡Harrier! _ grité por radio, para advertirle a mi hermano que a nuestras espaldas, estábamos siendo atacados por dos aviones británicos.

Nuestros A4-Skyhawks se separaron automáticamente y cada uno fue perseguido por un Siddeley Harrier. Maximiliano por su lado, decidió ascender varios metros y virar hacia la izquierda, mientras que yo mantuve la altitud pero giré bruscamente hacia la derecha.

Maximiliano dejó que el enemigo se acercara lo suficiente y descendió bruscamente hacia el océano. El Harrier siguió su rumbo y ambos aviones de guerra volaron a pocos metros del agua. El piloto británico tenía en la mira a mi hermano y estaba a punto de disparar cuando en un ágil movimiento el A4-Skyhawk sorpresivamente descendió aún más y viró rápidamente a la izquierda, sumergiendo su ala en el agua. Automáticamente el piloto británico abortó su ataque y decidió tomar algunos metros de altura para volver a intentar atacar a Maximiliano en la próxima ocasión.

Por mi parte, me encontraba en un estado más crítico, pues ya había recibido algunos daños e intentaba esquivar como podía al brutal Harrier que me acechaba.

_¡Subí Eze! _ resonó en mis oídos por radio la indicación de Maxi, que se acercaba de frente a toda velocidad hacia mi.

Mi Skyhawk ascendió a los cielos con brutalidad en una limpia maniobra. El Harrier enemigo siguió mi rumbo, descubriendo toda su parte inferior a los ojos de Maximiliano, que procedió a disparar. Yo, casi de cabeza, alcé la mirada y observé cómo el Siddeley Harrier GR.3 británico explotaba en una enorme nube negra ante mis ojos. Estabilizando mi avión, fui testigo de cómo mi hermano traspasaba la bruma negra de la explosión por debajo de mí a toda velocidad, seguido del Harrier que había intentado atacarlo previamente.

_ ¡Harrier Maxi! _ le advirtí por radio rápidamente, mientras viraba mi avión con fuerza para seguir al enemigo que nuevamente acorralaba a mi hermano

menor.

Iba tan rápido como podía, pero mi avión había sufrido daños y no alcanzaba la velocidad máxima. A lo lejos, observaba a Maximiliano girando su avión y esquivando los ataques enemigos..

_ ¡Ya voy! _ grité en un estado de adrenalina y desesperación.

_ *¡Seguime a mi Eze!* _ me ordenó mientras volvía a descender a pocos metros sobre el agua.

Los tres descendimos y yo ya casi tenía en la mira al Harrier, que había comenzado a disparar y acertar varios tiros en su objetivo.

_ *¡Derecha a las tres!* _ indicó Maximiliano a mis oídos _ *¡Uno, dos...tres!* _ gritó y ambos A4-Skyhawk viramos brutalmente hacia la derecha.

En un movimiento tardío, el Harrier británico viró hacia la derecha junto a nosotros, sin saber que se convertía en el blanco perfecto para mí. Ya había comenzado a disparar, haciendo que los proyectiles recaigan con fuerza sobre mi enemigo de punta a punta.

Contemplé cómo el piloto británico se eyectaba y salía despedido de su Siddeley Harrier, que caía al agua y explotaba al impactar en esta. Una vez que estabilicé mi avión, observé que el Skyhawk de mi hermano despedía sobre su cola un tremendo humo negro que se intensificaba repentinamente, envolviendo al avión en una nube oscura.

_ ¡Maxi, hay fuego en tu Skyhawk! _ di el aviso mientras observaba como el humo se intensificaba cada vez más.

_ *Si, otra forma no había. Pero nos salió muy bien eh!* _ contestó por radio él.

_ ¡Maxi, eyectate! ¡Hay mucho humo! _ insistí.

_ *No dejes de seguirme* _ emitió por radio con la respiración agitada.

Sin advertencia alguna, una violenta explosión sacudió el aire, destrozando el avión en un instante. El fuego devoró la aeronave, engullendo todo a su paso, dejando solo escombros y humo en su estela. Me aferré al asiento de mi propio avión, impotente ante la devastación que tenía ante mí. Las lágrimas brotaron en mis ojos mientras contemplaba el trágico destino de mi hermano. La imagen de la aeronave en llamas quedó grabada en mi memoria mientras el Skyhawk de Maximiliano se precipitaba en una caída mortal hacia las frías aguas del mar. Mi mirada quedó clavada en el lejano horizonte mientras mi avión volaba sin

rumbo, inundado en la deriva con el silencio abrumador, que solo era interrumpido por el sonido del viento y las olas que rompían en la distancia.

7

_ Señor Haro, podemos seguir en otro momento si usted gusta. _ le dijo el joven a Ezequiel, que parecía hundido en una enorme angustia.

_ No te preocupes, siempre me cuesta contar esta parte. Solo dame unos segundos y ya sigo. _ contestó Ezequiel, mientras se acomodaba en el sillón y tomaba un vaso de agua.

_ Por supuesto, tómese su tiempo.

_ Y contame…¿Andrea era tu nombre no? _ dijo Ezequiel mientras dejaba el vaso de agua en la mesa de la sala de estar.

_ Si señor, Andrea Di Aurelio es mi nombre _ contestó sirviendo más agua en el vaso vacío de Ezequiel.

_ Andrea, ¿en que puede ayudarte la historia de mi hermano en tu proyecto de investigación? _ preguntó Ezequiel curioso.

_ Lo que sucedió con su hermano puede ser una pieza clave para poder avanzar señor Haro.

_ Interesante, bueno…no muchos se dignaron a creerme. No es algo que se vea todos los días.

_ No se preocupe, en mi vida he sido testigo de historias maravillosas. Su caso para mi es de enorme interés.

_ Ya veo, bueno en ese caso…si estás listo, podemos seguir _ prosiguió Ezequiel luego de una amplio suspiro.

_ Si señor, adelante _ finalizó la conversación Andrea, mientras se acomodaba en el cómodo sillón de la amplia sala de estar.

30 de Mayo, 1982.

A medida que la desolación se apoderaba de mi ser, una sensación abrumadora de pérdida invadía mi corazón. Mis ojos no podían apartarse de la imagen del avión de Maximiliano envuelto en llamas, precipitándose hacia las aguas del mar. Las lágrimas brotaban sin control, y sentía un nudo en la garganta que me impedía respirar con normalidad.

El proceso de duelo fue un camino oscuro y tortuoso. Las noches eran largas y solitarias, y la imagen del avión en llamas invadía mis pesadillas. Me encontraba en una lucha constante entre el dolor y la necesidad de seguir adelante. El sonido del viento y las olas parecía un eco distante en medio del silencio abrumador. ¿Cómo podía continuar después de presenciar la muerte de mi hermano? Él había sido mi compañero, mi amigo, mi confidente en esta guerra implacable. Ahora se había ido, reducido a escombros y cenizas en el vasto océano.

Pero sabía que no podía quedarme ahí, en medio del cielo vacío y del dolor aplastante. Mi hermano hubiera querido que siguiera adelante, que continuara luchando por nuestra patria y por el sueño que compartíamos. No podía permitir que su sacrificio fuera en vano.

Después de unos días de duelo, en los que el tiempo parecía detenerse, recibí la orden de volver a la acción. Me asignaron misiones de reconocimiento. A bordo de mi A4-Skyhawk, sobrevolaba las Islas Malvinas una vez más, pero esta vez mi mente estaba nublada por la tristeza y la rabia. Cada rincón de este lugar me recordaba a Maximiliano, a nuestros momentos juntos, a nuestras conversaciones en la base.

A pesar de la intensidad de mis emociones, debía mantener la concentración en la misión. Los mapas y las coordenadas se extendían frente a mí, y mi mente se esforzaba por enfocarse en los detalles del terreno. Pero era inevitable que mi mirada se perdiera de vez en cuando en el horizonte, buscando la presencia que ya no estaba. Hasta que la vi.

Hundido en mi incertidumbre, fui testigo de lo que hasta el día de hoy mantengo como el momento más asombroso de mi vida. Alta en los cielos, un águila volaba justo enfrente de mis ojos. Su color era blanco como la nieve, pero sus alas… eran azules, y en su vuelo, ambas desprendían un maravilloso destello dorado. En cuanto la vi, tuve que frotar mis ojos para deducir si estaba alucinando. Pero allí estaba, tan real como el viento. Era un águila y volaba a la

misma velocidad que mi A4-Skyhawk. No soy un experto en aves, pero no hay que ser un genio para saber que era prácticamente imposible que aquella majestuosa ave volara a los 900 kilómetros por hora que dominaba mi avión.

En un tsunami de preguntas, el ave rapaz descendió su vuelo, desapareciendo de mi vista. No pude evitar seguirla. El destello dorado desaparecía en el visor de mi Skyhawk mientras descendíamos a toda velocidad hacia las aguas de las Islas Malvinas. Al llegar, el majestuoso pájaro niveló su vuelo ondeando sus brillantes alas azules. Seguí sus pasos. Bañando mi aeronave de su hermoso brillo dorado, ambos volábamos a tremenda velocidad sobre el nivel del agua. Mi mente aún no procesaba lo que estaba sucediendo pero recuerdo que simplemente me dejé llevar, pues aquel vuelo majestuoso trajo a mi una paz alucinante. El dolor y la angustia en mi pecho disminuyeron tremendamente.

Al cabo de unos segundos, el águila descendió aún más. Mi mente comenzó lentamente a volver a la realidad, pues ya dudaba en seguirla. Era una distancia peligrosa para mi Skyhawk, así que viré muy lentamente hacia la derecha y la observé desde unos pocos metros elevados.

Desde aquellas alturas, la seguía a corta distancia, siendo el mejor espectador de su danza. Pero todo cambió cuando aquel majestuoso ave viró rápidamente a la izquierda, y en un elegante movimiento, sumergió su ala izquierda en el agua. Volví a sentir los enormes latidos de mi corazón y las cálidas lágrimas volvían a caer como cataratas en mis ojos. Ese movimiento, esa elegancia y seguridad eran dignas del piloto más maravilloso con el que había tenido el más profundo de los orgullos de volar.

8

1 de Julio, 1982

Mis días en la base eran una combinación de momentos de introspección y preparación para las próximas misiones. Una vez más, me encontraba en la cabina de mi A4-Skyhawk, listo para emprender una nueva misión de reconocimiento. El ruido ensordecedor del motor se mezclaba con mis pensamientos mientras despegaba. Mi mente estaba nublada por la tristeza, pero también por la determinación. Sabía que mi hermano estaría conmigo en cada vuelo en el cuerpo de aquel águila, y eso me daba fuerzas para seguir adelante.

Sobrevolaba las Islas Malvinas una vez más, mi mirada perdida en el horizonte. La imagen del avión en llamas de Maximiliano seguía atormentándome, pero también recordaba el vuelo del águila y la paz que me había traído en medio del caos. Aunque no entendía completamente su significado, sabía que era un símbolo de fortaleza y guía.

De repente, como si el tiempo se detuviera, allí estaba de nuevo. El águila, con sus alas azules y destello dorado, volaba justo delante de mí. Mi corazón se aceleró, y una mezcla de asombro y emoción me invadió. ¿Qué significaba su presencia? ¿Por qué aparecía en momentos clave?

La majestuosa ave giró y comenzó a descender, como si me estuviera indicando que la siguiera. Sin dudarlo, ajusté mi trayectoria y me sumergí tras ella. El viento rugía en mis oídos mientras volaba a toda velocidad sobre las aguas del mar. Maxi parecía saber exactamente adónde íbamos.

Siguiendo sus movimientos y bañandome una vez más en su destello dorado, pronto nos encontramos con una enorme flota de buques británicos. Eran demasiados, pero decidimos intervenir de todas formas. En cuanto me acerqué al primero y lo tenía en la mira, escuché un aullido, un aullido que provenía del águila y que resonó en mi mente como un eco lejano. El mensaje estaba claro: debía atacar. Apunté mis cañones hacia uno de los buques. Las explosiones iluminaron el oscuro cielo, y pude sentir la conmoción en el aire mientras los

sistemas de radio y antenas enemigos quedaban destrozados. El águila volaba justo en frente de mí y no dudó en seguir su trayectoria hacia los demás buques.

Mi avión maniobró con habilidad mientras la seguía. Pasamos entre los barcos enemigos que sorpresivamente no se dignaron a atacarnos. En unos pocos segundos comprendí que aquello era sumamente absurdo y peligroso, pues no iban a arriesgarse a que sus proyectiles recayeran en un aliado por simplemente querer atacarme. Mi hermano sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Finalmente, salimos del enjambre de navíos enemigos y regresamos a la seguridad de nuestro espacio aéreo. En unos pocos segundos el águila se desvaneció gradualmente ante mis ojos mientras nos aproximábamos a la pista de aterrizaje. Había sobrevivido a otra misión con una información crucial sobre posiciones enemigas que transmití rápidamente a mis superiores, y todo gracias a la guía del águila guerrera. Pensé por un momento que podríamos tomar ventaja de esta situación y quizás ganar la guerra. ¿Acaso los ingleses tenían a su disposición estas guías sobrenaturales asombrosas? ¿El enemigo, o más importante aún, mis propios compañeros podían verla o solo era producto de mi imaginación? Solo fui espectador de su presencia en soledad. Había pasado por muchas emociones sumamente intensas y quizás mi mente estaba jugando una mala, aunque muy eficiente pasada. Las respuestas llegaron en la próxima y última misión.

9

8 de Junio, 1982

El Comodoro Figueira se acercó a mi habitación en la base de Río Gallegos para advertirme que pronto volveríamos a casa, solo debíamos cumplir una última misión el día 8 de junio que definiría el final de la guerra. Junto con esta información fuí reclutado para volver a la escuadrilla número 5 como Teniente del Capitán Suarez. Volvería a los cielos hostiles con mi equipo de siempre, pero

esta vez, sin mi querido hermano.

Cuando la orden de despegue llegó, el rugido ensordecedor del motor inundó el espacio. Al día de hoy reconozco que en aquella misión, la escuadrilla estaba más completa que nunca, ya que una vez en los cielos de las Islas Malvinas, el majestuoso ave se unió a la formación que manteníamos en forma de rombo, posicionándose justo en medio, como si fuera un Skyhawk más. En ese preciso instante esperé unos segundos para ser testigo de la reacción de mis compañeros al contemplar la danza de la increíble águila guerrera que nos acompañaba. Pero a mis oídos no llegó nada más que el constante sonido blanco de la cabina y el viento.

_ ¿Capitán, está todo en orden? _ pregunté ansioso, esperando despertar la curiosidad de mis compañeros y confirmar si realmente podían ver el águila o solo era yo.

_ *Todo en orden, Haro. ¿Algo para informar?* _ contestó a mis oídos Suarez.

_ No capitán, mantengo posición _ dije de inmediato, observando como mis compañeros giraban su cabeza para corroborar que la posición que manteníamos era prolija.

Rendido, confirmé que aquella ave, que se mantenía su vuelo a reducida distancia de la punta de mi Skyhawk en suma concentración, sólo era visible ante mis ojos. Habíamos llegado al punto final, al último capítulo de esta historia de lucha y sacrificio.

La batalla llegó en un instante y sin previo aviso. La tensión en el aire era palpable. Mi dedo reposaba sobre el gatillo, listo para responder al enemigo. Guiado una vez más por el águila y a medida que el combate se desarrollaba, mis disparos encontraron su blanco en varios adversarios. Sin embargo, noté que el majestuoso ave comenzaba a tomar decisiones y maneras de volar que nos alejaban del conflicto. Cuestioné internamente sus elecciones. ¿Por qué estábamos evitando el enfrentamiento directo? ¿No era esta nuestra última oportunidad para cambiar el rumbo de la guerra?

La respuesta llegó a mí de manera repentina, como un destello de claridad. Mientras luchábamos por mantenernos en el cielo, la oportunidad de dejar caer uno de mis proyectiles sobre un enorme barco HMS británico era clara y única. Pero el águila decidió evitarla sin dudarlo en lo más mínimo. Pues me di cuenta de que estaba tratando de protegerme, de alejarme del peligro. En un momento

de revelación, entendí que había un avión enemigo siguiéndonos, esperando el momento adecuado para atacar. El águila había detectado la amenaza que yo no pude ver. Un Siddeley Harrier estaba acorralandome y sin piedad, lanzaba sus proyectiles hacia mi aeronave. El águila descendió brutalmente dirigiéndose a pocos metros del océano. Conociendo a mi hermano, sabía exactamente lo que estábamos a punto de hacer, pues la situación era más que complicada y en nuestra experiencia solo existía una manera de salir ileso de una situación como esta.

Permanecimos a pocos metros del agua y el Harrier se acercaba a gran velocidad. La distancia era sumamente peligrosa y el águila cada vez descendía más. Mi corazón volvió a latir con una fuerza impresionante, era la primera vez que iba a cometer aquella locura. Una maniobra de evasión sumamente compleja que solo la había visto en un solo piloto en mi vida. Un piloto que para mi fortuna, era mi maestro y guía en aquel enfrentamiento. El Harrier estaba a pocos segundos de volver a atacarnos y recuerdo presionar la palanca de navegación con todas las fuerzas que mis manos podían proporcionar. Sumamente concentrado en el águila, como si nada más importara, esperaba el momento exacto para realizar la maniobra. Fue entonces cuando vi que lentamente y de manera muy prolija comenzaba a inclinarse hacia la izquierda y en un brutal movimiento tomó la decisión de virar hacia la izquierda. Viré con ella y con todas mis fuerzas mantenía la estabilidad del Skyhawk. Observaba como el majestuoso ave giraba aún más y con la respiración sumamente agitada, seguí sus pasos. Por inercia natural, giré lentamente mi cabeza hacia mi ala izquerda y allí estaba, con su punta sumergida en el agua del océano dibujando una maravillosa línea en el agua como un pincel en un lienzo. Lo había logrado, un movimiento elegante, prolijo y brutal, justo como lo hacía mi hermano menor. No solo había escapado de mi enemigo, sino que para mi sorpresa, él mismo quiso intentar seguirme el ritmo y sin éxito, su Harrier se sumergía en las profundidades del océano.

Estabilicé mi avión teniendo un mejor panorama de todo y logré observar el ambiente hostil que se vivió aquel día. El humo que emanaba de la tierra, la adrenalina que nos consumía a cada uno de nosotros y las llamas que devoraban los buques de guerra de ambos países. Me dejé llevar por el vuelo del águila guerrera y la comprensión me golpeó como un rayo. La batalla ya estaba

perdida, y esta última misión solo nos llevaría a la derrota final. El águila, con su sabiduría silenciosa, intentaba abrir mis ojos a esta dura realidad. A través de sus decisiones en el aire, estaba tratando de hacerme entender que la retirada era la única opción sensata.

_ ¡*Escuadrilla 5, retirada a base de inmediato!* _ emitió por radio el Capitán Suarez, afirmando que no fuí el único espectador de aquel infierno.

Sentí un nudo en mi garganta mientras el capitán pronunciaba las palabras que marcaban el fin de una lucha que nunca debió haber ocurrido. La retirada fue un camino sombrío de vuelta a la base, con el peso de la realidad pesando sobre mis hombros. Entrenamos para volar en hermosos cielos azules, no en el aire del infierno. Observé al águila, que volaba junto a mí. Con una sonrisa, las lágrimas caían de mis ojos mientras desprendía una hermosa luz dorada incandescente. Ella simplemente desapareció a pocos minutos del aterrizaje.

Al salir de mi avión, miré al cielo una vez más, buscando a mi guía. Ya no estaba allí, pero su presencia seguía grabada en mi memoria. La guerra había terminado, y aunque había perdido a mi pequeño primo y a mi hermano en el camino, me di cuenta de que también había ganado una valiosa lección. La verdadera victoria no estaba en la destrucción, sino en la sabiduría de reconocer cuándo era hora de retirarse y buscar la paz.

El capítulo final de esta historia de guerra estaba escrito, pero yo seguía siendo el narrador de mi propio destino. A partir de ese momento, mi camino estaba claro: honrar la memoria de mi hermano y del águila, buscando la paz y la reconciliación en medio de dos países que habían sido sacudidos por la violencia.

10

_¿Nunca volvió a verla? _ preguntó el joven Andrea Di Aurelio.

_ Jamás volví a verla _ contestó con angustia Ezequiel.

_ Señor Haro, le agradezco desde lo más profundo de mi corazón que haya compartido esta maravillosa historia conmigo _ dijo el joven.

_ Ah, no hay problema, estoy seguro que vas a tener un excelente proyecto de

investigación _ dijo el hombre, que se puso de pie y alzó su mano hacia el joven.

_ Le prometo que así será _ dijo Andrea, estrechando su mano.

Ambos caminaron hacia la salida de la casa de Ezequiel en la ciudad de Buenos Aires. Andrea se despidió, agradeció nuevamente y se retiró.

El joven caminó algunas cuadras y llegó a una plaza para descansar un poco del sonido de la ciudad de Buenos Aires, que parecía transmitir una furia incontrolable. Pensativo dudó de cómo seguiría su camino, pues había seguido todos los pasos de su búsqueda. ¿Qué le faltaba? ¿Había hecho algo mal? Fue entonces cuando escuchó un hermoso aullido que resonó con fuerza en el ambiente. Sorprendido alzó su cabeza y llevó su mirada a una hermosa escultura de lo que parecía ser un marinero y una sirena, mirándose fijamente. Sobre esta, el majestuoso águila blanca de alas azules, reposaba con una presencia y elegancia alucinante. El ave lo observaba moviendo su cabeza mientras que Andrea la apreciaba con una sonrisa.

_ ¡Maximiliano! ¡Es un placer conocerte! Creo que podrías ayudarme _ gritó el joven mientras era observado por un reducido grupo de gente que se encontraba descansando en la plaza y lo miraba con curiosidad, ya que parecía estar hablándole a la nada misma.

El águila dió un aullido y alzó sus alas iniciando su vuelo. Pasando por encima de Andrea, desprendió un destello dorado que parecía marcarle al joven explorador, el camino hacia su próxima aventura.